

(Viene de la página 25)

camino de Aránzazu. Esto ocurrió en los meses del último verano. Hace unos días se concluyó la obra con la instalación de dos púlpitos a ambos lados del presbiterio, creados también por Lucio.

la obra

«Antes de proyectar la obra pensé que una visita a Aránzazu aclararía si mis posibilidades expresivas eran afines a la obra ya realizada allí y al ambiente que la circundaba. El viaje fue decisivo para las dudas que me dominaban entonces; la naturaleza de Aránzazu habla con tal fuerza, que ella resolvió la parte mayor de mis dudas. Un mundo tan grandiosamente poético y de una tal religiosidad, encajaba a la perfección en mi mundo expresivo y en mi natural manera de hacer. El interior de la basílica me pareció por su forma, su luz y su ambiente, el marco ideal para mi pintura.»

Esta pintura ha utilizado medios simbólicos sencillos y fáciles de captar, aunque no sea en visión figurativa a la manera clásica. Lo que se ha pretendido reflejar, dentro de una impresión de extrema serenidad espiritual, es la visión trascendida del paisaje de Aránzazu y Guipúzcoa, situando en él la exaltación espiritual de Nuestra Señora. Una visión nueva de cosas de viejo conocidas y amadas.

el trabajo

No fue cosa de coser y cantar la obra del ábside de Aránzazu. Lucio y su equipo hubo de construir un andamio de veintiséis metros de altura, dividido en once pisos, que permitiera la realización del mural. Hubo que preparar cincuenta y cinco metros cúbicos de madera destinados a la confección de la obra; tallarla y pintarla, empleando en tal labor quinientos kilos de pintura, ochocientos kilos de acetato polivinilo de resina, setenta litros de aguarrás, diez sacos de aserrín, cuatrocientos metros de papel en que realizar los dibujos preparatorios... El trabajo costó alrededor de cuatro mil horas de labor, de agobio de Lucio Muñoz y sus colaboradores.

Y un día se dio fin a la obra y se abrió a la curiosidad del hombre. Allí estaba Aránzazu y su mundo, su milagro y su fe. En seiscientos y más metros de madera tallada y pintada, abierta y luminosa, como un canto nuevo al ser de la religiosidad del hombre por el arte, se abrió para los ojos asombrados del contemplador la realidad de las cosas al entender de nuestro sentir contemporáneo. Una realidad que es para ver y soñar a un tiempo, franca al asombro y al goce de este sorprendente Aránzazu de hoy, por el saber de pintor de Lucio, capaz de conceder al arte español la capitania de una de las conquistas mayores del arte universal contemporáneo.

Un mundo nuevo. La obra de Lucio maravilla. En el concierto general de alabanzas, se oye la voz del sacristán de Aránzazu:

—Usted me dirá, señor pintor, cómo puedo explicar a los visitantes lo que representan estas cosas extrañas que puso usted aquí.

—Dígalas usted que representan la paz.
—¡Ah!, sí, la paz: ¡Entendido!

JOSE DE CASTRO ARINES
(Fotos MASATS y HENECE)

JUGANDO CON EZEQUIEL

Por FRANCISCO DIAZ VELAZQUEZ

El niño tiene la vista clavada en el plato, y come lentamente. El niño se lleva una mano a la cara y se acaricia, furtivo, la mancha rojiza de la mejilla.

—¡Dale! ¡Dale!

Alvaro corrió hasta ocultarse tras el viejo eucalipto que crecía solitario al extremo del bosque; Eugenio, Pablo y Alejandro, tiraron sus piedras, mientras Alvaro corría, para protegerlo.

Ahora, las piedras de los otros volvían a caer. El niño oyó el golpe del guijarro contra la tierra, a su lado, y se corrió más a la izquierda, hasta que su hombro tocó con el de Ezequiel. Estaban tendidos detrás del montón de piedras, con los cuerpos pegados a la tierra seca. El niño los vio venir. Corrieron. El niño los vio venir a todo correr.

—¡Cuidado, que vienen!

Pero ya estaban allí, encima. Ezequiel se puso en pie de un salto y la piedra salió, zumbando, de su mano. El zagal del pantalón gris pudo evitarla. Alvaro sintió el golpe en la nuca, y se desplomó.

—Le has dado a Alvaro —dijo el niño; pero el zagal del pantalón gris estaba ya encima. El niño sintió el puño estrellarse contra su mejilla, y se quedó sentado en el suelo, viéndolo todo a través de unos bailarines puntos de colores.

El niño deja la cuchara en el plato vacío y escucha, distraídamente, al hermano mayor que habla. Ahora el teléfono suena, y el niño se estremece. La madre descuelga, y el niño escucha, sintiendo cómo el corazón le late descompasadamente, desesperadamente.

—Sí, ya ha llegado... No sé, yo no lo he visto. ¿Qué?... ¡Ah, sí!, sí... espera, voy a preguntarle.

La madre, con el auricular en la mano, se vuelve hacia el niño:

—¿Sabes dónde está Alvaro?

—No —al niño le temblan las rodillas debajo de la mesa.

—¿No le has visto esta tarde?

—No.

La madre vuelve a hablar por teléfono, pero el niño ya no la oye. Cuando se despide —sí, sí, descuida— cuelga el auricular y vuelve a sentarse.

—Era la madre de Alvaro —dice—; preguntaba si estaba aquí. Por lo visto todavía no ha llegado a cenar.

El niño se toca las manos heladas mientras la muchacha le cambia el plato. Mira a sus padres y siente una pena enorme. El niño se siente viejo y lleno de secretos; se siente profundamente malo, y piensa que ya no podrá volver a besar a la madre, que está desterrado para siempre del mundo luminoso del hermano mayor. El niño siente un deseo irreprimitible de correr a esconderse contra el pecho de la madre, para huir de aquel miedo que sietea a su alrededor como un enorme murciélago.

«Ezequiel —piensa— lo arreglará todo.»

Pero siente que se está engañando, que Ezequiel no arreglará nada. Y vuelve a pensar obstinadamente: «Ezequiel lo arreglará todo. Y se siente mucho más tranquilo. Le daban miedo los ojos de Ezequiel, tan negros. Pero Ezequiel lo arreglaría. El niño se alza con la mano el rubio pelo, y termina de comerse el pescado. No tiene ganas de comer. Por un momento siente deseos de vomitar. La comida se le detiene en la garganta, y tiene que hacer un esfuerzo para tragarla. El niño quiere

irse al cuarto. Quiere esconderse. Quiere perder de vista los ojos serenos del hermano.

Cuando se va a la cama —niño, ¡tápate bien, que va a hacer frío— el niño siente de pronto una angustia insufrible. Cierra la puerta de la habitación por dentro, y las manos heladas le temblan de frío y de miedo. Saca del armario un chaleco y se lo pone. Después se sienta en la cama, y piensa que cuando oiga el silbido acabará todo aquello. Piensa en Ezequiel y vuelve a sentir miedo. Tiene la impresión de estar solo en medio de una inmensa llanura y siente deseos de llorar. «Ezequiel —piensa— tendrá un plan. Ezequiel arreglará todo esto.»

Después, cuando los niños del pueblo se hubieron retirado, se dieron cuenta de que Alvaro seguía en el mismo sitio, al pie del eucalipto, con aquella postura, forzada y rota, que tomó al caer. Ezequiel, cojeando, se acercó a él:

—Alvaro —llamó—; ¡Alvaro!

Los demás lo rodearon en silencio. Algo tremendo, algo monstruoso se iba apoderando poco a poco de ellos. Apartaron la vista del cuerpo fascinante de Alvaro y se miraron. Ezequiel estaba muy pálido. Se agachó y sacudió un hombro de Alvaro. La cabeza del niño se bamboleo, vencida, de un lado a otro, y después volvió a quedar inmóvil, con aquella terrible mancha roja de la nuca. A Ezequiel le temblaba mucho la voz cuando dijo:

—Me parece que está muerto.

Alejandro rompió a llorar de repente. El niño sintió que se le rompía algo muy dentro ante la confirmación de lo oscuramente presentido. Deseó que Alvaro se pudiese en pie de pronto, y que todo hubiese sido un juego. Pero Alvaro estaba allí, profundamente pálido, profundamente inmóvil. Ezequiel, decidido de pronto, los llamó.

—Venid.

Lo siguieron hasta el montón de piedras. Aun desde allí, la postura grotesca de Alvaro les infundía un supersticioso temor. Formaban un extraño grupo, en el bosque lleno de verdor y de silencio, bajo la luz rojiza del atardecer. Alvaro, al pie del eucalipto, semejaba un muñeco roto y antiguo. Temía una invencible tristeza en su figura. Ezequiel se quedó de pie, y los demás se sentaron en las piedras. Alejandro seguía llorando. Ezequiel ordenó:

—¡Cállate! —Se pasó una mano por el suave pelo negro, y los miró fijamente antes de empezar a hablar. El niño notó que a Ezequiel le temblaban las piernas, aquellas piernas, largas y nerviosas, que el pantalón, muy corto, dejaba al descubierto.

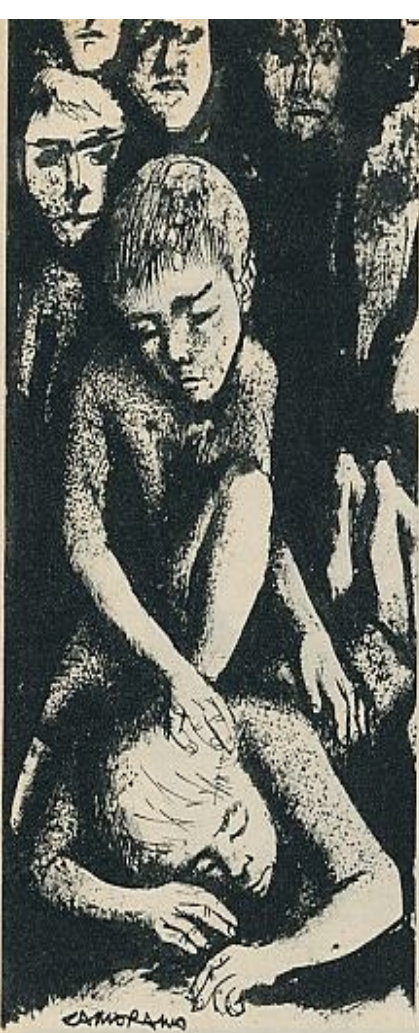
—Alvaro está muerto —dijo—. No podemos decir que lo hemos matado nosotros. Iremos a la cárcel, y nos ahorcarán. Tenemos que decir que Alvaro no ha estado esta tarde con nosotros. No puede enterarse nadie de que Alvaro ha estado aquí, por que entonces nos ahorcarán.

Ezequiel calló. Los niños lo escuchaban ávidamente. Trazó sobre la tierra una cruz, y dijo:

—Ahora vamos a jurar un juramento que yo sé. Tenemos que decir: «Que ma vaya al infierno en el momento que diga que he estado con Alvaro esta tarde.»

Todos repitieron la frase, poniendo la temblorosa mano sobre la cruz. Cuando terminaron, Ezequiel dijo:

—Ya sabéis: si decís que habéis visto a Alvaro esta tarde, os moriréis e iréis al infierno. Es lo que pasa cuando se falta a un juramento de esta clase. Ahora, ayudadme —señalaba a Alvaro—; hay que esconderlo.



Lo arrimaron al tronco de pino caído, y lo cubrieron con zarzas, helechos y retamas.

—Ea, íros a casa y que no se os olvide lo que habéis jurado. Yo me encargaré de todo.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Pablo.

—Te he dicho que yo lo arreglaré. Tengo un plan. Los niños se alejaron corriendo. Ezequiel los miró irse. Un poco tembloroso, con el pelo caído sobre la frente, Ezequiel se pasó una mano por la cara. Después se volvió hacia el niño, que continuaba sentado en la piedra.

—¿Quieres ayudarme?

—Sí.

—Entonces iré a por ti a las doce, esta noche. Me escaparé de casa y te silbaré desde la calle.

El niño oye el silbido y se pone en pie de un salto. Se asoma a la ventana, y le hace una nerviosa seña a Ezequiel. Ezequiel trae puesto un chaleco azul de alto cuello, y el pelo le cae sobre los ojos que le brillan oscuramente. El niño salta por la ventana, y se le acerca corriendo.

—¿Has dicho algo?

—No. La madre de Alvaro llamó para saber si yo lo había visto, y le he dicho que no.

—Bien —dice Ezequiel, y echa a andar. El niño va a su lado y le pregunta:

—¿Qué vamos a hacer? —Ezequiel tarda en contestar:

—Ya lo verás.

El camino hasta el bosque es largo. El camino es terrizo y blanco. Ezequiel camina en silencio, con el chaleco de punto subido casi hasta la barbilla. El niño camina a su lado con los ojos muy abiertos y unos pasos rápidos, nerviosos, furtivos.

—Ezequiel.

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer?

—Ya lo verás.

Continúan andando. Ezequiel enciende la linterna que lleva en la mano, y por un momento la noche se repliega a los lados del camino. A lo lejos canta la zumbaya y el grillo. En el cielo hay unas estrellas heladas muy fijas, muy brillantes.

Entre los olivos chillaba agudamente un mochuelo, y los niños se miran asustados. Un perro ladra, tan lejos, que su ladrido se confunde con su eco. Y los niños andan con un paso escalofriado y rápido. El cielo es muy grande sobre sus cabezas cuando atraviesan la llanura amarillenta, ante la masa negra del bosque. Hay un aire fresco, muy tenue, y una oscuridad transida de luna. Bajo los pies de los niños empiezan a crujir las agujas de los pinos y las primeras hojas secas del bosque. Los troncos de los árboles son rectos al cielo, y cada matajo oscuro una puerta abierta al miedo.

—¿Qué vas a hacer, Ezequiel?

Ezequiel guarda silencio. Ha encendido la linterna, y busca entre los árboles, hasta que el círculo de luz blanca despierta el tronco caído y los espinos de verde seco, y las retamas y los helechos que cubren a Alvaro. Ezequiel se detiene. Apaga la linterna y se inclina sobre las ramas.

—Ayúdame —dice, y empieza a descubrir el cuerpo del niño. Cuando se levanta y enciende la linterna, el niño ve —al círculo trémulo blanco— el rostro palidísimo de Alvaro, los ojos dolorosamente ahogados, atónitos, vacíos en su oscuridad. Estremecido, el niño ve que los ojos de Alvaro son glaucos, de un azul extrañamente transparente. «Como los ojos de los zapateros», piensa, Ezequiel está callado y quieto ahora, y el niño piensa que es angustioso y fascinante estar allí, a la medianoche, con Alvaro muerto y con Ezequiel; piensa que es absorbente estar para siempre ligado a Ezequiel por aquel tremendo secreto.

—Ayúdame —repite Ezequiel. El niño coge una mano de Alvaro, una mano helada y rígida, y tira de ella. Alvaro está medio incorporado, con la cabeza extrañamente ladeada, con los ojos completamente vacíos a la luna.

En la llanura amarilla, olorosa de pasto recién segado, bajo la luna y el vuelo soleado de la lechuza, los niños que traen arrastrando a Alvaro parecen mucho más pequeños; parecen minúsculos, como seres irreales. El niño ha pasado un brazo de Alvaro sobre sus hombros, y ve, a un lado de su cara, la mano blanca y estática, los dedos afilados y sin sangre, y las venas heladas, y las uñas transparentes a la luna. La noche es inmensa. En la colonia, los niños duermen con las cabezas huecas. Una pareja de bños se ama sobre un árbol, y un pajarillo agoniza entre los dientes de la rata.

Las tumbas están tiradas sobre el musgo verdoso de la colina. El cementerio tiene una verja. La verja es de hierro, y las lápidas, bajo la luz azulada de la luna, parecen de azúcar. Los niños atraviesan la verja chirriante, pasan entre las lápidas, junto al arco del ciprés y se detienen, jadeantes, junto a la cancellita que cierra el trozo de tierra de la fosa común. La tierra, húmeda y blanda, se hunde bajo sus pies, mientras se acercan a las fosas recién abiertas. Ezequiel se detiene y dice:

—Déjalo en el suelo. —El niño obedece; Alvaro cae sin ruido, con una postura blanda y rota. Ezequiel se aproxima a una de las tumbas.

—Ahora vamos a meterle aquí. El sepulturero no se acordará de cuántas fosas abrió. Cógelo por los pies, y ayúdame.

Lo cogen por los pies, y por las manos y lo izan sobre el hueco oscuro, con olor a tierra removida y húmeda.

—Suéltalo. —Alvaro cae sordamente dentro del hoyo. Los niños lo contemplan unos instantes, y después, Ezequiel dice:

—Vamos a buscar por aquí dentro —señala hacia la casilla del sepulturero—; debe de haber palas.

La puerta de la casilla chirría mucho al abrirse. La puerta de la casilla es de madera carcomida por las muchas lluvias y por los muchos soles. Dentro todo está como húmedo, y huele raro. En el centro del pequeño cuarto hay una mesa larga y baja, con el tablero forrado de cine. En el suelo hay trozos de tabla, leña y algunos azadones y palas. En la pared blanca, colgada de un clavo, hay una chaqueta negra, llena de polvo y de remiendos.

El niño coge una pala y le alarga a Ezequiel un azadón con la hoja manchada de tierra seca. Ezequiel lo coge y los niños salen otra vez a la luna.

La tierra tiene un sonido opaco al caer sobre el cuerpo de Alvaro. Los niños sudan por el esfuerzo y el miedo. Trabajan por turnos. Cuando Ezequiel, jadeante, le da la pala al niño, aún queda un buen trozo de fosa por llenar. Mientras el niño echa la tierra, Ezequiel le alumbra con la linterna. Las paletadas de tierra caen mezcladas con espinos y pequeñas flores amarillas, de las que crecen en las praderas.

Fuera del cementerio, que cuadrícula el infinito con sus taplas, la noche es gigantesca. En el cielo, las estrellas brillan más que nunca. En el bosque, el conejo grita con la pata rota metida en el cepo. Las golondrinas que tienen el nido bajo la cornisa del pozo se han movido inquietas, y en la pradera, una tarántula, de lomo aterciopelado, hace su tela más perfecta.

—Hay que alisar esta tierra un poco para que no se note —dice Ezequiel, e intenta apisonarla con los pies. El niño le ayuda con la hoja de la pala. Acaban de alisar la tierra con las manos, y marchan de nuevo hacia la casilla de la oscura puerta, con las herramientas sobre el hombro. Ezequiel va delante, inclinado, tembloroso, sosteniendo con una mano la linterna, y con la otra el mango del azadón. La puerta chirría de nuevo, y los niños vuelven a entrar. Ezequiel deja la linterna encendida sobre la manchada tapa de cinc de la mesa y lleva la pala y la azada hasta el montón de herramientas. El niño está detenido en la puerta, y mirando la pequeña habitación con la luz fantasmal de la linterna dirigida hacia la pared, con las vigas negras y el lazo pelo de Ezequiel, que se cue sobre la frente cuando se inclina para dejar las herramientas en el suelo, piensa que su vida está destruida por el secreto, húmeda como un bostezo de la tierra. Pero Ezequiel vuelve ya, y, al quebrarse el rayo de luz, todo vuelve a ser como era, y la mesa vuelve a ser una mesa, y la puerta una puerta...

Volvieron a pasar por la desvenecada cancellita, y junto a las tumbas que parecían de azúcar, resplandecientes de luna, recortadas sobre el verde oscuro del césped.

—Eh! ¿Quién va?

El grillo había sonado tan cerca, que el niño creyó que el corazón, en un vuelco supremo, iba a caerle rebatando por el pecho. Ezequiel lo mira y grita:

—¡Corre, corre!

Y el niño corre. El niño corre como el viento en los días de tormenta, el niño no siente pasar la tierra bajo sus pies, el niño sólo ve los árboles que le rozan en la cara con las ramas bajas... El camino, lleno de polvo blanco, se desenvuelve bajo sus pies y los olivos pasan como amenazas oscuras a su lado. El niño corre y su carrera es tan angustiosa como los latidos de su corazón. Ezequiel ha desaparecido. El niño está solo en la noche inmensa, perdido entre los olivos, sobre el camino blanco, sobre la tierra seca bajo la luna redonda de agosto. Y el niño corre, el niño ya no oye el vozarrón cascado del sepulturero gritando: «¡Eh! ¿Quién va?», el niño vuela, huyendo de su sombra.

El sepulturero se ha detenido a unos metros de la verja; ha mirado hacia el camino, y ha visto correr a los dos niños. El sepulturero ha gritado dos veces: «¡Ezequiel, Ezequiel!», después se ha rasgado despaciosamente el cogote y ha entrado en el cementerio.

Cuando el niño trepa por la ventana de su cuarto, le parece que el corazón le aprieta en la garganta. El niño siente dentro del cerebro, en las manos y en el estómago una angustia monstruosa que se revuelve una y otra vez como una araña gigantesca. El niño se desnuda temblando, y se acuesta. Dentro de la habitación hay una oscuridad completa. Detrás de la ventana cerrada, en el campo, las zumbayas cantan con más fuerza y Venus está ya baja y brilla más que nunca. El niño tiritaba bajo las sábanas. El sueño ha huido con el movimiento entrecortado del vuelo del murciélago. El niño intenta pensar. El niño presiente cómo aquella tragedia oscura ha caído en su vida. Sabe que ya no podrá contar las piedras del arroyo, ni besar a los padres. Las lágrimas le ruedan ahora por las mejillas, y siente una tristeza de sí mismo que le ahoga.

...Y el silencio. El silencio oscuro y jadeante. El niño está ahogado de estrellas y desea un amanecer. Un amanecer fresco, como los de antes, un amanecer con gotas de rocío en la hierba, con los diminutos pájaros verdes que cantaban en la cerca del jardín, con elProtectillo de los burros en el camino y el sol amarillo en los olivos. El tiempo pasa más lento que nunca. El niño no puede respirar. Recuerda las mañanas de invierno, cuando la voz de la madre era dulce como la miel. El niño siente lo negro que le envuelve y le ahoga. Todo es negro. Un humo espeso e impalpable. El tic-tac del reloj de pared va desgarrando el tiempo con el péndulo. Negro. El reloj. La soledad. El tiempo.

Y de pronto el niño oye los pasos del grupo, las voces del grupo, las agrías y destempladas y silbantes palabras del grupo. La lengua del niño se ha convertido en una esponja. Le duelen los ojos. Siente la sangre correr alocadamente dentro de las venas heladas. Después el silencio. La soledad. Lo negro. El tic-tac que ya no sabe si es el reloj o los latidos de su corazón. La angustia. El niño piensa: «No pasará nada. Ezequiel tiene un plan.» Desea dormir. Hundirse en el tibio montón de plumas negras del sueño. El tiempo. La soledad. El reloj. Lo negro.

Y de súbito, exactos, duros, verticales, los golpes. El niño se incorpora sobre un codo, y, sintiendo la lengua fría e inmóvil, escucha estremecido la voz del padre, que golpea incesantemente en la puerta.

—¡Abre! ¡Abre!